

hallaba ya sobradamente convencido de que el oficio de Astrologo era muy peligroso. Ya advertí desde el principio, que me repugnaba toda profesion que no fuese de una total independencia, y así despues de mucha meditacion y largo exâmen determiné anunciarme por un Poeta errante, universal, é improvisador, es decir, por un Poeta que sobre qualquiera cosa que le propongan, recita de repente. En Italia se usan mucho estos Poetas, que llaman *improvisadores*.

## CAPITULO XVI.

*Fingese Isidoro Poeta errante, universal, é improvisador. Recita como tal en Parma, Florencia y Roma, en cuya Ciudad toma la última resolucion.*

**H**abia aprendido algunos principios de Poesia en el estudio de Barcelona, y como mi lengua nativa era la Italiana, me habia dedicado á leer los mejores Autores que habian escrito en eia. Durante mi navegacion á México habia sacudido el polvo muy particularmente á los libros de Poesia Italiana, sin que por eso me reconociese con disposicion, ni mucho menos con la mayor facilidad para hacer versos. No obstante esto lo primero que hice fue fixar un cartel

tel, en que daba noticia al público como habia llegado á Parma un Poeta errante, universal é improvisador, que se obligaba á componer de repente sobre qualquier asunto, y á responder de la misma manera á qualquiera pregunta que se le hiciese, en verso de consonantes precisos y rigurosos. Significaba en el mismo cartel, que Lino y Homero primeros Poetas de la antigua Grecia, como tambien Orfeo, anterior á ellos, no habian sido mas que unos hombres errantes como yo, que andaban de Ciudad en Ciudad, sustentandose de lo que les daban los apasionados y amantes de la Poesia. Metió gran ruido en todo Parma esta novedad; y la primera vez que subí al tablado, que á manera de Cátedra me habia hecho levantar en medio de la plaza pública, logré un gran concurso de la Nobleza y Literatos de la Ciudad, curiosos todos de oír la prolusion con que hacia la abertura de mi nuevo teatro. El asunto de la prolusion se reducía á un pomposo elogio de la Poesia, y de todos aquellos que la cultivaban, empenandome en probar que ella habia sido el lenguaje propio y peculiar de los Dioses de la Gentilidad. Tuvo un grande aplauso la tal prolusion, y habiendola hecho imprimir me produjo una ganancia mas que mediana. Al baxarme del tablado me rodeó una multitud de mozalvetes, que á porfia me encargaban les hiciese varias amorosas composiciones, para enviarlas cada uno á su respectiva Filis, entregando-

dome cada qual una memoria, en que estaban escritas las particularidades de la dama, á fin de que el Madrigal ó Soneto fuesen enteramente específicos y adaptados al sugeto á quien se habian de dirigir. Uno queria que alabase su bella boca, cuyo aliento era mas fragante que el cinabro, quien sus blancos dientes, cuya blancura dexaba muy atrás á la del mismo marfil, quien sus mexillas, que parecian un extracto químico de rosas, quien el seno, un mar de leche por donde navegaban los ojos, quien finalmente los ojos, las cejas, la garganta, el cabello, y no faltó uno que me encargó no me olvidase de exáltar hasta las nubes la graciosa corcoba de su adorada bella, extravagancia que quando la leí al abrir los billetes, me hizo reventar de risa.

Aquella noche, pues, trabajé catorce breves composiciones, adaptadas al genio de los que deseaban acreditarse de Poetas con sus correspondientes Ninfas, y por la mañana acudieron todos á recibirlas, mostrandose muy satisfechos, en prueba de lo qual me las pagaron bien, de manera, que tambien quedé yo muy contento de estos buenos principios de mi nueva profesion. Pero al mismo tiempo hice un mal pronóstico de sus amores: porque sino ofrecian á sus idolillos mas que Sonetos y Madrigales, tenia por cierto que solo podian esperar de ellas una correspondencia semejante á la suya, y por consiguiente muy distante de sus muy diferentes deseos.

seos. Pero ya se iba acercando la hora de presentarme al público para hacer mi segunda prueba. Tenia prevenida para ella una larga cancion en aplauso de los reynantes Duques de Parma, que habia trabajado las noches antecedentes, zuriendo varios retazos de las bellísimas composiciones que habian hecho los mayores ingenios de Italia con ocasion de sus Reales desposorios. Pero lo habia hecho con tal arte, que todo parecia cosa nueva, y cosecha enteramente mia. Con efecto, conocí entonces que uno que tenga un poco de ingenio, puede robar todo lo que quisiere sin que lo conozca la mayor parte de los lectores. El hecho fue que aquella obra me granjeó nuevos aplausos, y habiendose presentado á la Corte, me valió el honorífico regalo de un medallon de oro que el Real Duque me hizo dar, el que inmediatamente me le eché al cuello, como distintivo de un particular honor. Todos los Cortesanos se proveyeron de exemplares, de manera que no me quedó ni uno solo, y asi me hallé de repente rico sin la menor fatiga mia. Pero como en mi cartel habia prometido que responderia de repente en verso á qualquiera pregunta que me hiciesen, me hallé aquella noche con exquisitas preguntas que me hicieron por escrito muchos bellos ingenios, á las quales respondí lo menos mal que pude y supe; logrando la fortuna de que mis respuestas, en atencion á la prontitud y facilidad con que las daba, fuesen benignamente recibidas. Lo mismo

mo sucedió en otras varias noches subsiguientes, sin que por eso me faltasen ocasiones de trabajar en casa con no poco adelantamiento de mi bolsillo, en las muchas composiciones que me pedian sobre todo genero de asuntos aun los mas baxos, y mas despreciables. Entonces conocí hasta qué punto se veía abatida en nuestros tiempos la desgraciada Poesía, porque habiendo leído que en sus principios solamente se empleaba en la alabanza de los Dioses, mas adelante en el elogio de los héroes, despues en desahogar las pasiones amorosas en elegías, ó en expresar las inocentes costumbres de los pastores en las eglogas, ó en representar las virtudes y vicios de los Principes en la tragedia, ó á ridiculizar las acciones y vicios de los hombres en la comedia y en la sátira, sin algunos otros usos á que la aplicaron (pero siempre noblemente) los Poetas antiguos Griegos y Latinos; hoy casi se veía obligada á envilecerse, forzandola á emplearse en las cosas mas baxas y mas vulgares. No se vé otra cosa todos los dias que esquinas y paredes ensuciados publicamente con sonetos, que dan el título de segundo Demostenes al mas miserable Orador, de otro Papi-niano al mas ignorante Legista: epitalamios que en otros tiempos solo se componian en celebridad de las bodas entre Principes y grandes Personages, pero hoy se esparcen centenares de ellos en gracia de la boda de qualquier Ciudadano, y tal vez aplaudiendo el desposorio de un ri-

co labrador. ¡Quánta metralla poética de este jaez me ví yo precisado á componer en poco tiempo! ¡Y quántas veces, al mismo tiempo que conocia lo mucho que me fructificaba este indecoroso trabajo, me dolia íntimamente de verme obligado á emplear en una sucia y vil adulacion un arte que solamente se invento para que dispensase sus mas veraces y sinceros encomios al legítimo y verdadero mérito! Pero mientras tanto yo me aprovechaba muy bien del mal gusto, ó por mejor decir, de la corrupcion del siglo, y admitido á las mas nobles conversaciones, me consideraba como un hombre extraordinario, principalmente en una edad como la mia, que no llegaba á 24 años. Con este gusto pasaba alegremente mis dias en la Corte de Parma, quando un accidente me obligó á retirarme de ella. Entre los muchos villetes de preguntas que recibí una noche, me encontré con uno que contenia esta pregunta, si un hombre que vilmenté habia sido apaleado, podia ser admitido con decencia á las conversaciones nobles y distinguidas? Penetré desde luego todo el maligno énfasis de la tal preguntilla, y lo que con ella me querian dar á entender, pero no queriendo yo darme por entendido, respondí con entera indiferencia, que si al tal hombre le habian dado los palos por haber cometido alguna accion torpe ó indigna, el deshonor que le resultaba no era por haber recibido los palos, sino por la misma torpe accion que habia dado motivo á ella;

ella; y por consiguiente le hacia indigno de ser admitido á la conversacion no solo de la Nobleza, pero ni aun á la de personas civiles y honradas: pero que si habia recibido aquella afrenta por desahogo de alguna injusta venganza, de alguna emulacion, ó furiosa envidia, el que le afrentó, y no el afrentado es el que debe ser excluido para siempre de toda concurrencia de gente noble y civil. Agradó mucho mi respuesta al que me habia hecho la pregunta; porque el día siguiente, al baxar de mi tablado, se me descubrió el autor, y me confesó paladinamente que lo habia hecho porque habia conocido que yo era el mismo Astrologo que habia visto en Plasencia, donde habia sido maltratado por el archipegote troglodita y comedo de aquella Ciudad. Dióme palabra de que ninguno sabria de su boca aquella mi desgraciada aventura, protestando, que viendo mi grande espíritu se habia apasionado tanto por mí, que en todas ocasiones procuraria promover mi estimacion y conveniencias quanto le fuese posible. No obstante todo esto, entonces conocí la solemnísima necedad, y grandísima imprudencia que habia cometido en plantar mi primera Cátedra de Poesía en una Ciudad tan inmediata á otra de donde habia salido con una marca en las espaldas, que justa ó injustamente estampada, siempre se reputa poco honorífica en el concepto universal. Así pues traté de partir quanto antes de Parma, sin aguardar á que vi-

nie-

niesen otros Placentinos, no tan discretos como el primero, que hiciesen pública mi desgracia. Mas para que mi repentina partida no se interpretase fuga, fingí haber recibido una carta de Milán, que yo mismo habia forjado, y muy de estudio habia leído á muchos, en la qual me llamaban á dicha Ciudad con el mayor empeño y apuro.

Arranqué pues de Parma habiendo aumentado decentemente mi tesoro Astrologo-Poético; pero en vez de dirigirme á Milán, quando llegué á cierto sitio torcí el camino hácia la Mirándula, y por la via de Ferrara retrocedí á la Toscana. Aquí si que es menester gran juicio, dixé luego que me ví en el primer lugar de aquel estado. Este es el país del hablar culto y pulido; aquí está la Poesía en su mayor auge, y la crítica en su mas inflexible severidad. Quando me vea en Florencia será preciso que atienda mas á la propiedad de las voces que á lo solido y machucho, ni á lo delicado de los pensamientos. Allí nada importa que el pan no sea sabroso y sano, con tal que sea blanco. El cribo de que aquella crítica se vale para purgar las clausulas, solo dexa en la superficie las letras, y á lo mas mas las voces, pero los mas altos pensamientos expuestos con expresiones puras, naturales y castizas, todos van abaxo con el polvo, la neguilla, y los granzones. Así discurria yo conmigo mismo, y quizá no discurria bien, mientras el Mesonero me disponia una

es-

escasísima cena; porque habiendole preguntado qué tenía que darme de cenar, pues verdaderamente me sentía con hambre, Señor, me respondió, *cenará su merced un par de huevos, que por vida del gran Duque verá que son la cosa mas regalada del mundo.* A fé, le dixé entonces, que esa cena no me cargará mucho el estómago. Así fue con efecto, porque dormí bien toda la noche, y por la mañana me hallé muy libre de aquellos ingratos vapores que suelen enviar á la cabeza los platos demasíadamente delicados. Proseguí pues mi viaje, y quando llegué á Florencia me apeé en una posada, donde previne inmediatamente al Posadero que yo quería ser tratado á la Lombarda. ¿Qué quiere decir eso? me preguntó. Quiere decir, le respondí, que yo quiero comer bien y mucho, antes que poco y pulidito, como dicen se usa en esta Ciudad. La limpieza y el aseo me agradan; pero la escasez no es de mi gusto. Me prometió que sería obedecido, sin darme en cara con el proverbio ó repulgo Florentino: *E' giunto il Lupo: ya llegó el Lobo*, y yo me salí á dar una vuelta por la Ciudad. Hice fixar mis carteles en los sitios mas públicos, avisando á todos que dentro de tres dias daría principio á mis funciones en las plazas mas frecuentadas. Ya darán ustedes por supuesto, que yo procuraria escribir mis carteles, en quanto me fuese posible, acomodados al gusto de la nacion, y que no dexaria pasar vocablo alguno sin enviar-

le

le bien asegurado con su pasaporte del Dictionario de la Crusca del qual me habia proveido luego que determiné ir hacer una visita á la Toscana. De la misma manera tampoco me olvidé de las transposiciones de los verbos, desterrados á la cola de los mas largos periodos, ni de aquellas pulidas antitesis, y otras figuras purísimas, usadas del gran Bocacio, distribuyéndolas por todo el papel con delicada eleccion, y así esperaba que mi Cartel sería tenido por un *Capo de Opera* en una Nacion que se gloria de ser la única que posee el verdadero, el mas legítimo y mas culto idioma de Italia. Con el mismo gusto, en quanto lo permitia la naturaleza del verso, habia corregido y retocado la primera composicion que recité en Parma, volviéndola á recitar en Florencia de memoria, como lo hacen los Predicadores quando pasan de un lugar á otro á predicar sus Quaresmas. Y aunque la tal prolusion fué muy aplaudida, fueron muy pocos los que la compraron: observacion, que desde luego me hizo formar un pronóstico muy melancólico de mi poética utilidad en aquel gran pueblo. Con efecto los diez dias que me detuve en la Capital de la antigua Etruria, recogí una cosecha abundantísima de elogios tan excesivos, que llegaron á proclamarme por digno de ser coronado en el Capitolio: los auditorios eran inmensos, las preguntas que me hacian interminables, los aplausos á millones; pero el dinero muy escaso. Yo no sabía á qué atribuirlo, si á la poca estimacion que se hacia de

mis versos, ó al genio económico de aquellos Ciudadanos. Lo único que puedo asegurar es, que mis orejas quedaron mas contentas que mi bolsillo de la poca fortuna que habia tenido con ellos: y mas quando ví que el posadero me pedia mas de lo que era razon por haber querido yo comer á la Lombarda. Esto es tanta verdad, que quando determiné mudarme á otra parte, hallé que solo habia adelantado dos escudos con todas mis fatigas y sudores en Florencia. Por lo mismo no me pasó por el pensamiento el querer ver ninguna otra Ciudad del gran Ducado, persuadido á que todos los demás Pueblos del mismo Estado imitarían el exemplo de la Metrópoli, y así resolví transferirme inmediatamente á Roma, no ya para ver si se verificaba en ella mi coronacion, sino para disfrutar la liberalidad de tantos Cardenales, Príncipes y Ciudadanos como habia en ella, y hacer lo posible para recompensar la demasiada prudencia Florentina.

A buena cuenta, decia yo, aquí será necesario mudar de estilo. La famosa Academia de los Arcades ama en el verso la simplicidad. En lugar de los nombres de Héroes, habrán de entrar los de Pastores y Ninfas. No se han de nombrar otros Dioses que los de Pan, Pomona, Baco, &c. ni otros montes que el Erimanto, el Menalo, y el Liceo, ni otros rios que el Peleo, el Alfeo, ni otras fuentes que la Castalia, la Aretusa, ni finalmente otros instrumentos músicos que la flauta y la zampoña. Las Driades,

des, las Amadriades, los Faunos, los Sátiros, los Silvanos, las cabras, las ovejas, corderillos y carneros, con los lobos, las cavernas, los antros, los abetos, las ayas, los tillos, los tamarindos, y otros árboles se han de vestir de epitetos adaptados, y ellos solos deben hacer toda la substancia de una Arcádica composicion. Solo con esto malamente me parecia á mí que debia ser tenido por otro Teócrito, otro Virgilio, y otro Sanazaro. Lleno de estos fantásticos pensamientos me hallé dentro de Roma quando menos lo pensaba, conducido de un mal Calesero, que me llevó á desmontar en un *Albergo* miserabilísimo, donde no encontré otra cena que la pierna de un pollo ético y tísico, con aquella maldita bebida que se llama *Vernacha*, la qual sabe menos á vino que á agua corrompida ó ahumada, y para dormir una cama que en toda ella no habia quatro libras de lana, haciéndome pagar dos julios por todo aquel matatage.

La mañana siguiente, no haciendo caso de todo quanto me quiso decir el posadero, dexé aquella casa, y me fuí á una buena hostería en Plaza Navona, por otro nombre *Plaza Agonal*, donde el trato era un poco mejor, pero el gasto era excesivo. Esto solamente lo digo para que se entienda, que en todos los paises de Italia se procura cargar todo lo que se puede al pobre forastero, pero muy particularmente en la Romania. A este tiempo habia yo fixado ya

mis carteles, y habia tambien llegado el dia de mi primera comparencia en la gran plaza del Vaticano. Recité pues muchas estancias en octava rima á modo de una oracion bien ordenada, cuyo asunto era pastoral, con alusion al gran desvelo con que apacentaba su Grey el Pastor universal que reynaba á la sazón. Parecíame haber compuesto una obra que sería recibida con el mayor aplauso; pero me engañé enormemente, porque fué muy desgraciada, y es que me consideraban como uno de tantos tunantes charlatanes, que van con la guitarra en la mano por las calles y las plazas cantando insulsísimas canciones. No concurrían á oirme mas que personas viles, y de la mas ínfima plebe, y aun estas, ó porque no las entendían, ó porque mis versos no les agradaban, ningun aplauso me hicieron ni con la boca, ni con la faltriguera. Tanto, que desesperado yo mismo fuí á hacer pedazos mis carteles, arrancándolos de donde estaban fixados, y mudando prontamente de posada, me fuí á esconder en una callejuela del otro lado del Tybre, donde una muger alquilaba quartos y camas á los forasteros á un precio muy moderado, resuelto á mantenerme solo y retirado, hasta pensar bien y maduramente lo que habia de hacer para vivir en adelante. No dexaba de conocer que el gran séquito que habia logrado en Parma era uno de aquellos engañosos golpes de la fortuna, que tal vez como que se divierte en mostrarse alegre

gre y risueña con algunos que no lo merecen, para burlarse despues de ellos, volviéndoles de repente las espaldas quando menos lo pensaban. Quedé bien persuadido á que era menester otro mucho mayor fondo de erudicion y de doctrina que el que yo tenia para merecer el concepto de gran Poeta, porque esta profesion no es tan facil como les parece á algunos, que solo saben juntar once ó siete sílabas en diferentes pies de verso, con sus consonantes tales quales. Así que, arrimé para siempre á un lado el pensamiento de versificar, y como desde el primer momento que me ví en Europa de vuelta de la América habia resuelto restituirme á mi patria para saber qué se habia hecho de mi madre, y de mi cruel padrastro, me determiné á poner en execucion este proyecto, ya que me hallaba todavía con bastante dinero para emprender aquel corto viaje.

## CAPITULO XVII.

*Enamórase la Señora Felipa de Isidoro, é Isidoro se enamora de ella. Hácela esta una muy pesada burla. Parte á Nápoles. Sucesos de esta Ciudad, y al cabo es recibido por Ayudante de un Abogado del Crimen.*

Mientras tanto la dueña de la posada donde yo